ANTONIO JIMÉNEZ GUERRA

JOSÉ OGAITNAS

LA TÓMBOLA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

MADRID

MAYOR, NÚM. 16, ENTRESUELO

1900

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
LIBRERÍAS

N.º de la procedencia

LA TÓMBOLA

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de los HIJOS de E. HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

LA TÓMBOLA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

tomado del pensamiento de una obra extranjera

POR

ANTONIO GIMÉNEZ GUERRA Y JOSÉ OGAITNAS

Estrenado en el TEATRO LARA el 5 de Abril de 1900

MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Sta. Ana, 11 duplicado

Teléfono número 551.

1900

Al Señor Don Eduardo Yáñez

Testimonio de gratitud

Los Autores.

722301

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOÑA BALTASARA	SRA. PAREJO.
VENTURA	VALVERDE.
JUANA	SEGURA.
ROSA	SRTA. FEROS.
DON FRANCISCO	SR. LARRA.
RAMÓN	MORANO.
JORGE	SANTIAGO.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

ACTO ÚNICO

Salón de regular apariencia. Tres puertas al frente: la de la izquierda, que aparenta ser la de la entrada; la central, de balcón, cubierta con cortinas blancas, y la de la derecha, que da al interior de la casa. Entre las puertas de la izquierda *secretaire*. Sillería y cortinajes. A la izquierda piano, y en el centro velador, sofá y adornos. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA

ROSA y DOÑA BALTASARA. Al levantarse el telón aparece la escena sola. Suena el timbre de la puerta dos veces, con breve pausa entre una y otra

ROSA (Que sale á abrir por la segunda de la derecha.) Ya está ahí la señora; la conozco en el modo de llamar. (Suena otra vez el timbre.) ¡Anda, ni que viniera por los últimos sacramentos! (Sale á abrir y vuelve en seguida detrás de doña Baltasara, que entra en traje de calle.)

BALT. ¿Dónde estaba usted metida?

ROSA Arreglando el gabinete.

BALT. ¿Y no ha oído usted llamar?

ROSA Tres veces.

BALT. Pues á la primera debió usted de abrir. Ayúdeme á quitar el sombrero. (Rosa le ayuda.) ¿Y mi marido?

ROSA Salió hace un rato con el señorito Jorge.

BALT. (Aparte.) Ya me trae á mí preocupada este amigo de mi marido. Un hombre solo no

piensa más que en picardías, pero cuando le acompaña un amigo las piensan y las hacen. (A Rosa.) Lleve usted el sombrero á mi cuarto. (Vase Rosa.) ¡Qué fastidioso es hacer visitas! (Deja el tarjetero sobre el velador.) Se pierde el día y no se encuentra á nadie en casa. Y menos mal que se cumple con tarjetas. La última la he dejado á los nuevos vecinos de la casa inmediata. (A Rosa, que sale.) Ustedes que lo saben todo: ¿qué clase de gente es esa?

ROSA ¿Cuál, señorita?

BALT. ¡Ah, es verdad, si estoy mareada! Esa familia que se ha mudado ahí al lado.

ROSA Pues son dos hermanos, digo, una hermana y un hermano. El es un viejo soltero que dicen que es muy extravagante, y ella una señora ridícula que...

BALT. Basta, basta; no necesito saber más. (Suena el timbre.) Abra usted. (Vase Rosa.) Si le doy cuerda me cuenta de esa familia hasta lo que come. ¡Qué criados! Y menos mal que ahora me encuentro con esta sola.

ESCENA II

DICHA, VENTURA, RAMÓN y JORGE

VENT. (Dentro.) Nada, nada, que no me convence usted. (Entrando.) Adiós, Sara... ¡Qué feliz encuentro he tenido!

BALT. (Besándola.) ¿Sí? ¿Con quién hablabas?

VENT. Deja que cuente...

RAM. (A su mujer.) No; si quien lo va á contar soy yo.

JORGE (Saludando.) A los pies de usted, señora. (A Ramón.) Ahora hablarás; deja que salude.

VENT. La cosa no me negarán ustedes que tiene gracia.

RAM. Si la habíamos conocido á usted.

BALT. Pero, ¿de qué se trata?

JORGE Pues yo, lo digo francamente, me engañé...

VENT. Nada, hija mía; que tu marido y su amigo han hecho una conquista.

BALT. ¿Cómo?

VENT. No te alarmes. La plaza sitiada era yo. (Ramón y Jorge van á hablar.) Yo lo contaré. Figúrate que venía hacía aquí distraída con mi Tómbola, cuando oigo detrás de mí un taconeo á cuatro pies, y á tu marido que le decia á Jorge: «¡Buena jamona!» Veo que no me han conocido, acelero el paso, lo aceleran ellos también, y me acometen por ambos lados diciéndome cada uno un piropo. Riéndome de la sorpresa que iba á darles, me vuelvo hacia ellos y me levanto el velo, contestándoles: «¡Plancha!»

RAM. Si la habíamos conocido, y quisimos darle esa broma

JORGE Sí; este me dijo: «Ahí va Ventura». Pero, ¿creyó usted de veras lo de los piropos?

VENT. ¿Pues qué se cree usted? ¿Que yo ya estoy jubilada? No, hijo.

BALT. El que debía estar jubilado eres tú.

VENT. Sí, buenos están todos los hombres. Y ahora á mi negocio. ¿Tienen ustedes dispuesto el regalo para la Tómbola?

RAM. Ya salió la Tómbola. Su preocupación de usted.

VENT. ¿Y qué quiere usted que haga? Hay que mirar con un ojo al cielo y con el otro á la tierra. ¿Qué sería de los pobres sin nosotras, las Hermanas de San Juan de Dios?

BALT. Este, como no piensa más que en divertirse..

VENT. Están ustedes condenados todos.

BALT. Ya te he dicho que daré un buen regalo.

VENT. ¿Y usted no dará nada para los pobres?

JORGE ¿Yo? Pues si iba á pedirle en el Asilo un gabinete con ó sin.

VENT. Sí, se lo daremos con principio. (Á Ramón.) De Jorge, ya sé que más da una piedra. ¿Y usted, qué va á darme?

RAM. Como no le dé el chaquet... Porque aquí todo es de mi señora.

BALT. Y debes alegrarte, porque de lo contrario ya estaríamos en el Asilo de Ventura.

VENT. No exageres tanto. ¡Pues si tienes un marido que no lo mereces!

BALT. Sí, todas sus atenciones consisten en regalarme joyas. ¿Y para qué? Para que estén ahí, porque yo no las uso.

JORGE Hace usted mal, porque ahora están de moda las alhajas. Van las señoras como constelaciones.

BALT. Y qué, ¿quiere usted que yo me ponga como la Osa Mayor?

RAM. Dice bien; eso es una cursilería.

JORGE ¿Cursi llevar alhajas?

RAM. (Tirándole de la americana.) Sí, cursi, cursi. (Aparte.) ¡Te callarás! (Incomodado.)

JORGE Bueno.

BALT. Mira, Ventura, una de esas alhajas te voy á dar para la Tómbola.

RAM. (Aparte.) ¡Demonio! (Titubeando.) No, no. ¿Para qué incompletar la colección? (A Jorge.) Ayúdame, hombre.

JORGE (Aparte.) ¿Que te ayude? (Alto.) Pues sí, ¿para qué incompletar la colección? (Aparte.) Pues no entiendo una palabra.

BALT. Nada, no admito objeciones. (A Ventura.) Te daré una pulsera de turquesas que ya empiezan á morirse.

RAM. (Aparte.) Yo sí que huelo á muerto. (A Jorge.)

JORGE (A Ramón.) Pues avisaré á la parroquia.

VENT. Aceptada. Y ya que eres tan amable, ¿no me darías algunos nombres de personas conocidas? Porque yo ya he agotado mi lista.

BALT. Ramón tiene la *Guía Oficial*. ¿Quieres sacar apuntes?

VENT. Me parece muy buena idea.

BALT. Pues vamos al despacho mientras estos fuman un cigarrillo.

VENT. (A Ramón.) Con su permiso.

RAM. Está usted en su casa. (Vanse primera izquierda Baltasara y Ventura.)

ESCENA III

RAMON y JORGE

RAM. ¡Gracias á Dios!

JORGE Pero, ¿qué te pasa?

RAM. ¡Ay, amigo Jorge!... Me encuentro en un compromiso terrible!

JORGE Bueno, calma. Explícate.

RAM. A eso voy; pero ayúdame. Vigila, no vengan.

JORGE ¿Y á quién vigilo?

RAM. ¡A mi mujer, á mi mujer! (Impaciente. Jorge se dirige á observar junto á la puerta del despacho, y Ramón busca el bolso de calle de Baltasara, y al verlo sobre el velador, exclama.) ¿Dónde estarán las llaves?

JORGE Pero, ¿qué intentas?

RAM. ¡Calla! ¿Qué hacen?

JORGE Doña Ventura, escribiendo; tu mujer, dictando... y yo, temblando.

RAM. ¿De qué, imbécil? Ven, ayúdame.

JORGE ¿Yo? ¿A qué?

RAM. A sacar de aquí unas alhajas de mi mujer.

JORGE ¡Ramón, Ramón, por Dios! ¡A mí no me comprometas!

RAM. ¡Calla! (Abre el vargueño, ayudado por Jorge, quien durante toda esta escena no perderá su cómico miedo.) Aquí están.

JORGE (Al ver que Ramón ha sacado del vargueño el cajón con las alhajas.) ¡Dios mío, el presidio!

RAM. ¡Si son todas falsas!

JORGE ¿Falsas? ¡Ah! Por eso decías lo de cursi.

RAM. Sí; y por eso hay que quitarlas de aquí.

JORGE Pero tú ..

RAM. He estado engañando á mi mujer por tener dinero para mis gastos, y ahora va á descubrirse todo.

JORGE ¡Ah! ¿De modo que estas son las alhajas que tú le regalabas? ¿Y son falsas? ¡Falsario! ¡Bandido! Pero, ¿qué vas á hacer con esto?

RAM. Eso digo yo. ¿Qué hago con esto? El caso es

evitar que mi mujer dé una de estas alhajas á Ventura... ¡Aconséjame, hombre! ¿Cómo lo evito?

JORGE ¡Ah! Oigo ruído. (Va á ver y vuelve en seguida, pero antes, Ramón, tembloroso, ha dejado caer al suelo dos ó tres estuches.) No es nada; siguen escribiendo... Una idea se me ocurre

RAM. ¿Cuál?

JORGE Que cambies estas alhajas falsas por otras buenas

RAM. ¿Y con qué dinero?... ¡Ah! (Busca ansiosamente entre los estuches, revolviéndolos todos, y cogiendo uno exclama.) Aquí está la que piensa regalar. Vas á hacerme en seguida un favor.

JORGE Ramón, no me enredes.

RAM. Llégate á una joyería y trae una pulsera parecida á esta, que sea buena.

JORGE En seguida (Medio mutis.) Oye, ¿y con qué dinero?

RAM. Es verdad. (Le da un billete.) Aquí tengo el dinero de los alquileres; toma quinientas pesetas; lo único que tengo, diré á mi mujer que lo he gastado en cualquier cosa. (Oyese hablar en el jardín.) ¡Mi mujer! (Se dirige al vargueño y trata de meter el cajón, que no entra por estar revueltos los estuches.)

JORGE ¡Que vienen!

RAM. (Andando de acá para allá con el cajón en la mano, tropieza con Jorge, caen algunos estuches y ambos se ponen a recogerlos.) ¡Torpe!

ROSA (Dentro.) Por aquí, señor delegado. (Al oir esto, Ramón y Jorge se aturden más todavía, y cogen precipitadamente los estuches caídos.)

JORGE ¡El delegado, Ramón! ¡Ya le han avisado!

RAM. ¡Já, já! Pero no tiembles. Toma eso y mételo ahí. (Lo empuja hacia el balcón, cierra el vargueño, y dice durante la operación.) ¿Qué delegado será ese? (Vase también al balcón.) ¡Já já! Tiene gracia la coincidencia.

ESCENA IV

FRANCISCO, JUANA y ROSA. Escondidos RAMÓN y JORGE.

ROSA — Tengan la bondad de esperar, que voy á avisar á los señores.

JUANA — Sí; dígales que vienen á ofrecerles su nueva casa, doña Juana Monteleón y su hermano don Francisco.

FRAN. — No; dígales que están aquí sus nuevos vecinos, don Francisco Monteleón, delegado de vigilancia, y su hermana doña Juana.

ROSA — Está bien. (Vase.)

JUANA — Pero ¿no da lo mismo? ¡Qué afán tienes siempre de ponerte delante!

FRAN. — Me pongo y me pondré siempre, por dos razones: la primera, porque éste bastón, que representa la autoridad, me coloca en el lugar más preeminente y visible; y la segunda, por una puramente gramatical, el género, que por ser masculino, me coloca en primera línea.

JUANA — Como quieras.

FRAN. — No, como quiera, no; como debe ser... Los dueños de esta casa deben ser personas muy distinguidas y es preciso que vean que nosotros lo somos también. . ¡Qué lujo de habitación, y qué bibelots tan bonitos! ¡De pensar que por un solo número no los tengo yo mejores!

JUANA — ¿Por un número?

FRAN. — Sí, mujer, la lotería, que hoy ha estado á punto de tocarme.

JUANA — ¡Hombre, no tan á punto!

FRAN. — (Inspeccionándolo todo, y cuidando de volver la espalda al balcón donde están escondidos los otros.)

RAM. — Ahora que están de espaldas, márchate y vuelve en seguida con la pulsera.

JORGE — Que no salgo, que me van á ver.

RAM. — ¿Y eso qué importa? (Lo echa á la escena de un empujón.) Con esta visita ganamos tiempo. (Vase Ramón llevando en la mano las alhajas y al ir

á salir Jorge por la puerta del foro, se vuelven Francisco y Juana quedando los tres un momento sorprendidos.)

FRAN. ¿Con quién tenemos el honor de hablar?

JORGE Con... con... migo...

FRAN. ¿Es usted el dueño de la casa?

JORGE (Confuso.) No... no señor... yo soy... Beso á usted la mano, á los pies de usted (Vase.)

ESCENA V

FRANCISCO y JUANA

FRAN. ¡Qué aspecto de confusión tiene ese joven!

JUANA Será visita de la casa.

FRAN. Sí; pero las visitas no salen de ese modo... pero, calla, en el suelo veo varios estuches de alhajas... ¡Ah, razón tenia yo! Confusión en las frases... poca fijeza en la mirada... temblor en los miembros.. (¡Aquí hay delito!)

JUANA En todas partes quieres ver misterios.

FRAN. Cumplo con mi deber. Y ahora voy á ver si esos estuches contienen algunas joyas.

JUANA Pero, hombre, que pueden verte.

FRAN. Que me vean. No me avergüenzo de cumplir con mi deber. ¿Habrá por aquí más estuches? (Se agacha y busca.)

JUANA ¡Hombre, por Dios!

FRAN. ¡Calla! (Sigue buscando.)

ESCENA VI

DICHOS, DOÑA BALTASARA

BALT. Dispensen si les he hecho esperar. (Reparando en Francisco que sigue gateando.) Pero, ¿qué es esto? ¿Qué hace ese señor en postura tan?...

FRAN. (Levantándose.) Sí, en efecto, muchos estuches, pero sin alhajas.

JUANA Perdón, señora, es mi hermano y buscaba un imperdible que se me ha caído.

FRAN. Estoy á los pies de usted, señora.

BALT. ¡Ya, ya lo veo! (Qué tipos tan raros!)

JUANA Venimos á tener la honra de devolverle su amable visita.

BALT. ¡Ah, vamos! los vecinos de ahí al lado.

FRAN. Justo; y le significo nuestro profundísimo pesar por no haber estado en casa para recibirla. Estaba en el juzgado en el cumplimiento de mis sagrados deberes.

BALT. También yo lo sentí.

ESCENA VII

DICHOS, VENTURA

VENT. Ya está sacada la lista.

BALT. Deja que tenga el gusto de presentarte á los nuevos vecinos; la señorita doña Juana Monteleón... (Presentando.)

VENT. Tengo mucho gusto... (Se saludan.)

BALT. El señor Monteleón...

FRAN. Francisco, Francisco Monteleón, abogado de este ilustre Colegio. (Extiende la mano á Ventura, y ésta, al fijarse en Francisco, se queda un momento asombrada y da un grito.)

VENT. ¡El! ¡Agua, agua! (Cae desmayada en una silla.)

FRAN. (Asombrado.) ¿Pero qué le ocurre á esta señora?

JUANA Debe conocerte de algo.

BALT. (Que ha acudido en auxilio de Ventura, ayudándola Juana.) Indudablemente; aunque les advierto que esta señora es excesivamente nerviosa. ¿Tendría usted la bondad de traer una poca de agua? (A Francisco, señalando el servicio que hay sobre el velador.)

FRAN. Con mucho gusto (Trae un vaso de agua, y al acercarse á Ventura, ésta vuelve en sí, exclamando.)

VENT. ¿Tú, eres tú?

FRAN. ¡Caracoles! ¡Y me tutea! Pero, ¿quién soy yo, señora?

BALT. ¡Ah! ¿No la conoce usted?

FRAN. En mi vida he tenido el honor de verla.

JUANA Ni yo recuerdo tampoco.

VENT. Ya pasó todo. Fué una alucinación. ¡Como este caballero tiene toda la cara de Pánfilo!

FRAN. ¡Señora!

BALT. No se moleste usté. Pánfilo era el nombre de su difunto esposo.

FRAN. ¡Ah, ya!

VENT. Muchas gracias por sus atenciones. He tenido un gran placer en conocerlos. (A Francisco y Juana.)

BALT. Pero, ¿te vas ya?

VENT. Sí, estoy bien y tengo que hacer en casa. (Mira á Francisco y lanza un fuerte suspiro.)

FRAN. (Aparte.) ¡Pero qué modo de mirarme tiene esta señora!

BALT. Pues si vas á tu casa, quiero darte la pulsera para la Tómbola.

VENT. Déjalo, otro día será.

BALT. No; ahora mismo. (Busca sobre la mesa.) ¿Dónde está la llave? (Mira al «secretaire».) ¡Si está puesta! ¡Qué cosa tan extraña! (Abre el «secretaire» y exclama con estupor.) ¡Aquí han andado! ¡Dios mío, pero si estaban aquí! (Mira á un lado y otro, y al ver en el suelo los estuches vacíos dice.) ¡No, no están! ¡Me han robado!

VENT. ¿Pero, estás segura?

FRAN. ¿Un robo?

BALT. Sí, sí; hace apenas una hora anduve aquí y estaban todas las joyas.

VENT. Sí, y se han llevado hasta el cajón.

FRAN. (A Juana.) ¿Lo ves? La perspicacia de un delegado nunca se equivoca. Desde que entré en esta casa noté que ocurría algo extraordinario, y hasta me atrevo á asegurar á usted que he visto salir al ladrón.

BALT. ¿Usted?

FRAN. Sí. (Enseñando el estuche que cogió del suelo y que antes había dejado en el sofá.) ¿Es este uno de los estuches robados?

BALT. (Con asombro.) Sí, señor.

FRAN. Aquí dentro estarían las alhajas, ¿eh?

VENT. (Entusiasmada.) ¡Oh, qué hombre tan maravilloso!

JUANA Es mi hermano, señora, es mi hermano.

FRAN. Hay que proceder con gran energía y diligencia. ¡Nadie se mueva de aquí! Espero, señora, restituirle sus alhajas muy pronto.

BALT. (Con intención.) Sí, ¿eh? Y yo espero que me explique lo que hacía gateando por el suelo cuando yo entré?

VENT. Vamos, cálmate, no te precipites.

FRAN. A mí no se me interroga; el que interroga soy yo. Dispense usted, señora. Que cierren todas las puertas y que nadie salga de esta casa.

ESCENA VIII

DICHOS y RAMÓN

RAM. ¿Qué pasa aquí, qué tono solemne es este?

BALT. ¡Ramón, nos han robado!

RAM. (Aparte.) ¡Diablo, ya lo descubrieron! ¿Y qué hago yo ahora? (Con fingida sorpresa.) ¿Que nos han robado?

BALT. Sí, y conozco al ladrón. ¡Llama inmediatamente á la policía!

RAM. ¡A la policía no! ¡Eso es muy escandaloso, mujer! (Aparte.) ¡Anda, y cómo se va complicando esto!

FRAN. ¡No hay que llamar á nadie! Yo respondo de todo!

RAM. ¿Y quién es este caballero?

JUANA Mi hermano.

RAM. ¿Y quién es esta señora?

FRAN. Es mi hermana.

BALT. ¡Sujeta inmediatamente á ese hombre! (Por Francisco.)

FRAN. ¿A mí? ¿A mí? (Furioso.)

JUANA ¿A mi hermano?

BALT. ¡Al juez de instrucción en seguida con él!

FRAN. ¡Entregarme al juez! Soy delegado de policía. (Asombro general.) Sí, y en este momento quedan ustedes todos detenidos.

RAM. (¡Canastos! Esto se agrava.)

FRAN. La señora dice que las alhajas las han robado de aquí, no hace una hora, y es preciso

que parezcan. Hay que registrar primero á las personas.

VENT. Empiece usted por mí.

JUANA Pero reflexiona, Francisco, que estas señoras...

FRAN. No tengo nada que reflexionar.

VENT. Estos, estos son los hombres que necesita la policía... Por eso me emocioné tanto al verle. Fué una corazonada. (Mirándole cómicamente.) ¡Caballero, le admiro á usted!

FRAN. Gracias, mil gracias. (Aparte.) Esta señora empieza á interesarme y en cuanto termine este atestado le digo algo.

BALT. Dispense usted si al principio tuve una sospecha ignorando el cargo que desempeña. El autor del robo no puede estar aquí entre nosotros. Este señor es mi marido; esta señora (Por Ventura.) es como de casa, y en cuanto á ustedes ya sé que es imposible.

FRAN. Tal vez los criados...

RAM. ¡No, no; tampoco! Yo los garantizo. Son gente honrada.

FRAN. Entonces hay que buscar fuera. Por lo pronto voy á practicar un reconocimiento: dispensarán ustedes; pero en este momento desaparece el amigo, el hombre, y se presenta la justicia simbolizada en este bastón. Ahora mismo voy á empezar las indagaciones.

BALT. Por más que pienso no calculo quién podrá haber sido el ladrón.

RAM. ¡Cualquiera lo averigua!

RRAN. ¡Yo prometo averiguarlo!

FAM. (¿Si me habrá visto?)

JUANA ¡Pero cuidado que son pícaros y ambiciosos los ladrones! No están contentos mientras no se llevan lo mejor que encuentran.

VENT. Dígamelo usted á mí. A mi marido, cuando salía con un alfiler de poco precio en la corbata, nunca se lo quitaban, y cuando llevaba uno bueno siempre volvía sin él.

JUANA ¿Y por qué no usaba aparatito de seguridad?

VENT. Porque le salía peor la cuenta. El día que

llevaba el aparato volvía sin el alfiler y sin la corbata.

FRAN. ¡Claro! Y no deben ustedes quejarse de que haya ladrones ¿Para qué se llevan alfileres en las corbatas y relojes y cadenas de oro? ¿Para qué, vamos á ver? Pues nada más que para excitar los apetitos del ratero. Algunos van por ahí con las joyas así como diciendo: «¡Eh! aquí llevo esta perla, este brillante y este reloj: ¿no hay quien me los quite?» Y se las roban, y hacen muy bien en robárselas.

RAM. (Este delegado me parece un animal.)

FRAN. Pero, en fin, esto no es ahora del caso. Lo que hay que hacer es preparar el atestado. Tú, Juana, vé a casa y mándame papel sellado para las primeras actuaciones.

JUANA ¡Qué monomanía la de mi hermano, teniendo fortuna para estar tranquilo en casa! Con permiso de ustedes. En seguida vuelvo. (Mutis.)

VENT. Yo también, si no hago falta, me marcho.

BALT. No, quédate y comerás con nosotros.

VENT. Como quieras; pero déjame ir á tu cuarto á dejar el sombrero y el abrigo. (Vase.)

FRAN. Y yo á registrar la casa.

RAM. No, no es necesario. Basta con que inspeccione usted la salida.

FRAN. Eso es. En el jardín debe haber huellas.

RAM. Sí, busque, busque. (Así ganaré tiempo hasta que vuelva Jorge (Vase Francisco.) y diré que ha sido una broma.)

ESCENA IX

RAMON y BALTASARA

BALT. ¿Y qué me dices de este robo? ¡Lo menos dos mil duros!

RAM. ¿Qué quieres que te diga? Que me ha sorprendido atrozmente.

BALT. Pero, quién había de figurarse que en la propia casa de una...

RAM. ¿Y eso te admira?

BALT. Pues ya lo creo que me admira.

RAM. A mí no. ¿Tú sabes cómo está Madrid? ¿No lees á diario en los periódicos robos que parecen cuentos fantásticos? Tú, como no vas á ninguna parte, no te enteras; pero la seguridad aquí es ilusoria; tanto que yo, cuando salgo, no llevo más dinero que el preciso. Fíjate, fíjate en las joyerías de las calles céntricas y verás los escaparates con alambreras y á los dueños armados de todas armas.

BALT. Sí que es peligroso llevar dinero. Y, apropósito, Ramón, no me has entregado las quinientas pesetas que cobraste esta mañana al inquilino de nuestra casa.

RAM. (Otro conflicto.) ¿Dices que te dé las quinientas pesetas?

BALT. Sí, hombre. ¿No estás oyendo lo expuesto que es llevar dinero en el bolsillo?

RAM. (Balbuceando.) Pero es que... (¡María Santísima!)

BALT. ¿Qué? ¡Acaba! ¿Las has perdido quizás? (Amenazadora.)

RAM. No, sino que... (Aparte.) ¿Y qué digo yo? (Alto.) ¡Ah, sí! ¿Pues sabes que te he comprado un regalo?

BALT. ¿Otra alhaja? (Con disgusto.)

RAM. No; otra cosa mejor.

BALT. ¿El qué? Dilo.

RAM. Pues compré... un billete de lotería.

BALT. ¿Un billete de lotería?

RAM. Sí, de la de Pascua.

BALT. Eso no puede ser, porque se ha jugado hoy.

RAM. Pero es que yo lo compré anoche.

BALT. Pues has hecho muy mal. No están los tiempos para gastar cien duros en lotería.

RAM. Dices bien; pero el número me encantó.

BALT. ¿El número?

RAM. Sí; figúrate que me recordaba la fecha más memorable de mi vida.

BALT. ¿Qué número es?

RAM. El mil ochocientos noventa y dos. ¿No caes? El año de nuestro casamiento.

BALT. Pues es verdad. Pero, ¡qué idea tan delicada has tenido! Has hecho muy bien, y te agradezco la atención. Dame el billete para que lo guarde.

RAM. (Aparte.) ¡Anda, morena, pues lo voy arreglando! (Alto.) No, no te lo doy, ¿para que te lo quiten como las alhajas?

BALT. Sí, dámelo.

RAM. (Registra la cartera.) Voy á dártelo. ¡Ah! Pero, ¡qué cabeza la mía! Si no lo tengo aquí; está en el despacho.

BALT. ¿De veras?

RAM. Sí, mujer. Mi escribiente Panal estaba delante. ¿No conoces á Ricardo Panal, mi escribiente? Pues él fué precisamente el que me aconsejó que no lo trajese en la cartera, porque podía extraviárseme, y lo dejé en el cajón de mi mesa.

BALT. ¿Y estará allí seguro?

RAM. Segurísimo.

BALT. Sin embargo, no me fío. Mira, lo mejor es que vayas por él ahora mismo.

RAM. Pero, mujer, estando aquí el delegado...

BALT. No importa. Y además, tú no vas á tardar tanto.

RAM. (Aparte.) Quizás me convenga salir. Con eso iré al encuentro de Jorge. (Alto.) Es que...

BALT. He dicho que vayas, y vas.

RAM. Bueno, bueno. Hasta ahora. ¡Ah! Me voy por la escalera de servicio, para no tropezar con el jaqueca del delegado.

ESCENA X

BALTASARA

No descanso hasta que esté en casa ese billete. Mi marido es un atolondrado y podría perderlo. (Oyense fuera voces como de dos personas disputando.) Pero, ¿qué es eso? ¿Qué pasa en el jardín? (Va á asomarse en el momento en que entra Jorge sin sombrero, y detras Francisco empujándole violentamente.)

ESCENA XI

BALTASARA, JORGE y FRANCISCO

BALT. ¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

FRAN. (Muy incomodado.) ¡Ande usted para adentro, buena pieza!

JORGE ¡Esto es un atropello!

FRAN. ¡Silencio!

JORGE ¡Que no me callo, ea! Y le digo á usted que los dos bastonazos que me ha dado le van á costar la cesantía.

FRAN. ¡Pero qué engallado está el ratero este!

JORGE ¡Cuidado con lo que dice usted!

FRAN. ¡Silencio! Usted salió hace poco de esta casa como un criminal que huye.

BALT. ¿Como un criminal?

FRAN. Yo lo vi, y en seguida sospeché que había delito. El delito existe, es evidente, y usted es el autor, que ha vuelto para ver si podía coger también los estuches que se le cayeron. Este es el criminal, señora.

BALT. ¡Cómo! ¿El ladrón este caballero?

FRAN. ¡Caballero! ¡Caballero! A cualquier cosa se llama ahora caballero

JORGE Y lo soy. Y usted, en cambio, es un...

FRAN. ¿Un qué? ¡Hable usted, y cada palabra le cuesta un año de presidio! ¿En qué alcantarilla opera usted, bribón?

JORGE ¿Yo?

FRAN. Sí; ahora han puesto ustedes de moda las alcantarillas, y mientras nosotros vigilamos por arriba, ustedes nos roban por abajo.

JORGE Pero, ¿ve usted, doña Baltasara?

BALT. Pero si este joven es amigo de mi marido

FRAN. ¿Y qué? Una circunstancia agravante más. Entró en la casa como amigo, vió dónde estaban las joyas y se las llevó.

JORGE ¡Señor mío! (Aparte.) ¡En qué lío me ha metido ese Ramón!

FRAN. (A Baltasara.) ¿Reconoce usted esta pulsera?

BALT. (Con asombro.) ¡Sí; es una de las que me han robado!

FRAN. (A Jorge.) ¿Y qué dice usted ahora, vamos á ver? ¿Negará todavía?

JORGE Sí, señor; niego.

FRAN. ¿Y cómo explica usted que esté en su poder esa pulsera?

JORGE (Titubeando.) La traía porque...

FRAN. ¡Pronto! ¿Por qué? Ese es el titubeo del delito!

JORGE Porque... Yo venía .. Fuí... y volví...

FRAN. ¿Lo ve usted, señora? ¿Lo ve usted?

BALT. Lo veo y apenas puedo dar crédito á mis ojos.

JORGE ¿También usted, doña Baltasara?... ¿Es posible que suponga usted en mí?...

FRAN. ¿No le dije á usted que yo descubriría en seguida al ladrón? Pues ahí lo tiene usted convicto y confeso.

JORGE ¡No, eso no, caramba! Esa pulsera me la entregó el mismo Ramón!

FRAN. ¡Pero qué obstinado en la negativa está este reo! .. ¿Para qué le entregó á usted don Ramón esa pulsera?

JORGE Porque... porque yo quería regalarle una igual á mi novia.

FRAN. ¡Eso es un absurdo ridículo!

BALT. Pues mire usted, yo creo que dice la verdad. Jorge es un antiguo amigo de la casa; su familia es conocidísima y lo creo incapaz de tan fea acción.

JORGE ¡Gracias, gracias, doña Baltasara! (A Francisco.) Esta señora dice la verdad.

FRAN. Está bien; después de todo, me parece que este joven tiene más cara de imbécil que de ratero. Además, en el jardín he descubierto cierta pista... (Mostrando el cajón que trae debajo del brazo.) ¿Este artefacto, pertenece á usted, señora?

BALT. Ahí estaban las joyas.

FRAN. Estaban y no están. ¿Dónde están, joven?

JORGE Eso pregunto yo.

BALT. Y yo.

FRAN. Y yo Pero ofrezco descubrirlo todo muy pronto.

ESCENA XII

DICHOS y VENTURA

VENT. ¿Se descubrió algo?

BALT. (Aparte a Ventura.) Sí, hija, que este señor es un animal.

VENT. ¡Ya decía yo que tenía toda la cara de Pánfilo!

BALT. (A Francisco.) Le estoy muy agradecida por sus pesquisas, pero casi, casi pierdo las esperanzas de recuperar mis joyas.

FRAN. ¿Qué es eso de perder las esperanzas? ¡Ahora hay que tener más que nunca!

VENT. (A Francisco.) ¿Dice usted que confía en encontrar al ladrón?

FRAN. ¡Ya lo creo! Yo, como delegado, tengo mucha suerte para bien de la humanidad honrada No me sucede lo mismo como particular, pues soy bien desgraciado. Hoy mismo, por un número, no me ha tocado el premio gordo de la lotería, el de los doce millones.

BALT. (Con interés.) ¿Pues en qué número ha caido?

FRAN. Aquí está mi décimo. Yo llevaba el 11 892. (Saca el décimo.)

BALT. ¡Ah! Entonces ¿ha salido el 11 891 ó 93?

FRAN. No, señora. El número que yo digo estaba por delante. Ha salido el 1.892.

BALT. (Excitadísima.) ¡Eh! ¿Qué dice usted? ¿El 1.892?

FRAN. Sí, señora Pero, ¿qué le pasa á usted? La veo á usted conmovida...

VENT. Sí, sí; ¿te pones mala?

BALT. (Mira la lista y da un grito.) ¡El gordo! (Se desmaya.)

TODOS ¿Pero qué le pasa?

JORGE Quizá llevaría jugado.

FRAN. Sí, eso debe ser.

BALT. (Suspirando.) ¡Doce millones!

TODOS ¡Doce millones!

BALT. Sí; Ramón lleva jugado el billete entero. El 1.892.

VENT. Le doy mis parabienes. No hay mal que por bien no venga.

JORGE Y yo lo mismo.

FRAN. Por mi parte, señora, me apresuro á felicitarla cordialísimamente.

BALT. Gracias, muchas gracias. ¡Doce millones! ¡Y el pobre Ramón que lo ignorará todavía!... Hay que prepararle una recepción digna.

FRAN. Precisamente la organización de grandes recepciones es mi especialidad. ¿Hay cohetes en casa?

BALT. No, señor; hay piano y además tenemos flores y verde en el jardín

FRAN. Pues, vengan en seguida. Para ustedes las flores y el verde para mí.

BALT. (A Rosa, que sale.) Trae del jardín todas las flores que encuentres. (Vase Rosa.) Yo recogeré las de estos jarrones. (Va y viene recogiendo las flores.)

VENT. Yo tocaré el piano.

FRAN. Y yo lo dirigiré todo. Deprisa, vamos, que va á llegar. (Gran confusión; todos corren de un lado para otro.)

JORGE Sí; todo esto está muy bien, pero á ese premio le doy yo un pellizco para indemnizarme.

FRAN. Pero, ¿y esas flores?

BALT. Aquí están estas.

FRAN. Pues apenas asome, se le apedrea con ellas.

JORGE Yo le tiro este jarrón

ROSA (Con flores) ¡Señorita, señorita! Ya está ahí

TODOS ¡Viva, viva!

ESCENA XIII

DICHOS y RAMÓN desde la puerta

RAM. ¿Qué pasa? ¿Están ustedes locos?

TODOS ¡El gordo! ¡El gordo!

BALT. ¡El gordo, Ramón! (Tirándole flores)

FRAN. El gordo, caballero. (Idem, idem.)

RAM. ¿Qué gordo?

BALT. ¡La lotería!

FRAN. ¡Los doce millones!

JORGE (Abrazándole) ¡Chico, qué felicidad!

RAM. (Alarmado.) Pero ¿qué dicen usedes?

VENT. ¡Que le han tocado!

JORGE ¡Que te ha tocado!

FRAN. ¡Que le ha tocado á usted, caballero!

RAM. ¡El oué!

BALT. ¡Sí, Ramón, la lotería! ¡Nos ha caído!

JORGE Te ha caído.

VENT. ¡Sí; dichoso mortal; le ha caído á usted!

FRAN. ¡Le cayó!

RAM. Pero... (Con ansiedad.) ¿Pero jugabas tú?

BALT. Si á quien ha caido es á tu billete...

RAM. (Titubeando.) ¿Mi billete? Es verdad; me he caído. (Se queda alelado cayendo sobre una silla.)

VENT. Claro! ¡Le dan ustedes la noticia tan de sopetón, que se ha puesto malo!

BALT. Usted ha tenido la culpa. (A Francisco)

FRAN. ¿Yo, señora?

JORGE Vamos, Ramón; alégrate que la fortuna...

RAM. (Con voz apagada.) ¡La fortuna!

FRAN. ¡Agua, agua!

BALT. (Tocando el timbre.) ¡Agua!

VENT. ¡Agua! (Rosa sale y vuelve en seguida con un vaso de agua. Doña Ventura coge otro que hay junto á la botella. Jorge trae la botella y Francisco le acerca un jarrón de los que han tenido flores.)

RAM. (Aparte.) ¿Más agua? ¿Y estoy ahogándome? ¡No hay más remedio!.. (Alto.) ¡Ay, querida esposa, ay amiga Ventura, ay señor delegado!...

FRAN. ¿Qué hay?

RAM. Que el billete no está en la oficina.

BALT. ¿Que no? ¿Pues dónde lo has puesto?

RAM. (Dónde lo habré puesto, ¡Dios mío! ¡Ah, que idea!) (Alto.) Quizá en mi despacho... (Tirando del chaquet á Jorge.)

BALT. Pues vamos al despacho.

TODOS ¡Vamos!

RAM. (A Jorge.) Quédate. (Salen todos para el despacho escepto Ramón y Jorge que quedan en escena.)

ESCENA XIV

RAMÓN y JORGE.

RAM. ¿Pero no has comprendido, infeliz, que no he comprado el billete?

JORGE ¿Y qué hacemos?

RAM. Yo no sé. ¡Ah! ¡Me tiro por el balcón!

JORGE ¿Y yo qué hago?

RAM. Tírate también.

JORGE ¡Vaya una solución!

BALT. (Dentro.) ¡Aquí no está! Quizá lo tendrá en su cuarto. ¿Ramón? Llamando.)

RAM. ¡En mi cuarto están las alhajas! ¡Corre y escóndelas en seguida!

JORGE ¡Voy, voy! (Vase.)

ESCENA XV

RAMÓN, BALTASARA, VENTURA y FRANCISCO.

BALT. Indudablemente has guardado el billete en tu cuarto.

RAM. Sí, tal vez...

FRAN. (Aparte.) Esta desaparición del billete, me huele también á delito.

BALT. Pues vamos á buscarle.

VENT. (A Ramón.) ¡Ay, hijo; la fortuna le ha vuelto á usted medio memo! (Entran todos por la segunda izquierda, quedando solo en escena Francisco, profundamente pensativo.)

ESCENA XVI

FRANCISCO, después JORGE.

FRAN. Sí; aquí hay misterio y delito, y yo debo descubrirlo .. Tal vez entre los papeles del despacho... Voy á ver. (Entra en el despacho y sale á poco cruzando la escena sin dejar su cómica actitud; va á entrar en el balcón y retrocede diciendo.) ¡No! Este es el balcón. (Se dirige á la segunda izquierda, entra y vuelve á salir y al penetrar por la primera izquierda tropieza con Jorge que sale con las joyas; estas caen al suelo.)

JORGE (Aturdido.) ¡Ah!

FRAN. (Severamente.) ¿Otra vez usted ejerciendo de ladrón? Pues ahora no se escapa... (Llamando.) ¡Aquí!... ¡Don Ramón! ¡Señoras! ¡Vengan todos!

ESCENA ULTIMA

FRANCISCO, JORGE, RAMÓN, BALTASARA y VENTURA

BALT. ¿Qué sucede? ¿Ha parecido el billete?

VENT. ¿Lo encontró usted?

BALT. (Viendo los estuches.) ¡Cielos, mis joyas!

FRAN. Sí, las joyas. Y junto á ellas al ladrón. (Señalando á Jorge.)

VENT. ¡Pero, señor mío!...

RAM. Señor, ¡cuándo acaba de venir la muerte!

BALT. Hable usted, Jorge.

JORGE ¡Ea! pues ya me harté yo. Ramón, habla tú, ó si no lo cuento yo todo.

RAM. Nada, que no tengo escapatoria. Pues pecho al agua y á decir la verdad. Ni hay tal robo de alhajas, ni tal billete.

TODOS ¿Qué?

RAM. Que esas alhajas son falsas y el billete ni siquiera lo compré. Todo obedece á apuros míos, que ya te explicaré.

FRAN. Me lo había figurado.

BALT. ¡Dios mío!

VENT. Nada, hija, consuélate. Tu marido es como todos los demás.

BALT. ¡Infame! ¡Engañarme así! El presidio merecías por trapalón.

FRAN. (A Baltasara.) Si usted quiere, puede procesársele, que hay para ello motivos.

JORGE Aquí ya nohace usted falta para nada.

FRAN. Está usted en un error;
espero que en mi favor
este juez inapelable,
aunque le juzgue culpable,
no lleve preso al autor.

TELON

OBRAS DEL SR. JIMÉNEZ GUERRA

Oratoria fin de siglo, monólogo.

Bicarbonato de sosa, juguete cómico en un acto.

El primer juicio, juguete cómico en un acto.

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de *Hijos de Cuesta*, Carretas, 9; *Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, 2; *José Rui y Compañía* (librería Gutenberg), Plaza de Santa Ana, 13; *Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6 *M. Murillo*, Alcalá, 7.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administracion

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.